

cimo Eón—. Ante todo, según su sistema este Eón no es el duodécimo, como lo hemos demostrado ya.

Admitamos que sea así: Que siendo doce los Eones, once, según ellos, se hayan mantenido impasibles, en tanto que el duodécimo haya sufrido la pasión; en cambio, responderemos nosotros, la mujer ha sido curada el duodécimo año; está claro que ella estuvo once años sufriendo y ha sido curada el duodécimo año. Si se dijera que los once primeros Eones han sido presa de una pasión incurable, en tanto que el duodécimo ha sido curado sería entonces aconsejable decir que la mujer era la imagen de esos doce Eones. Mas si la mujer ha estado sufriendo durante once años sin estar curada y ha sido curada solamente el duodécimo año, ¿cómo puede ella ser la figura de los doce Eones, de los que los once primeros no han sufrido absolutamente nada, y solamente el duodécimo ha sido presa de la pasión? La figura y la imagen difieren algunas veces de la realidad por su materia y por su substancia, mas deben guardar su semejanza por su forma y, gracias a esta semejanza, manifestar por lo que está presente lo que está ausente.

23,2. No es ésta la única mujer, cuyos años de enfermedad, que los herejes dicen estar conformes con su fábula, han sido fijados. He aquí otra mujer, curada de la misma manera después de dieciocho años de enfermedad. Es una de la que el Señor ha dicho: «A esta mujer que es una hija de Abraham, a la que Satanás tenía atada desde hace dieciocho años ¿no se la puede soltar de su atadura en Sábado?»^a. Si la primera de estas mujeres es la figura del duodécimo Eón que sufrió la pasión la segunda debe ser también la figura de un décimo octavo Eón que sufrió la pasión. Pero no tienen con qué demostrarlo, porque en ese caso su primera y fundamental Ogdóada se contaría entre el número de Eones que sufrieron la pasión.

Aún hay otro enfermo, que ha sido curado por el Señor después de treinta y ocho años de enfermedad: tendrán que decir los herejes que hay un trigésimo-octavo Eón que ha sufrido la pasión: Porque si, como ellos pretenden, las acciones del Señor son la figura de las realidades del Pleroma, la figura debe conservarse en todas las cosas por igual. Mas ni de la mujer curada después de dieciocho años, ni del hombre curado después de treinta y ocho, pueden los herejes sacar nada que se adapte a su ficción. Por otra parte es completamente absurdo e inconveniente decir que en algunas de sus acciones ha conservado el Salvador la figura del Pleroma y que no ha conservado en otras. Por tanto se nota diferencia entre la figura de la mujer y los Eones.

2. Especulaciones Marcianas (24)

a) *Números sacados de las Escrituras (24,1-4)*

24,1. La falsedad de su invención y la inconsistencia de su ficción se manifiestan también cuando tratan de disponer de pruebas por medio de números o bien contando las sílabas de las palabras, o bien contando las letras de las sílabas, o bien añadiendo los números que corresponden a las distintas letras griegas: tal manera de obrar muestra claramente la indigencia y la inconsistencia de su «gnosis», así como su carácter artificial. Así el nombre de Iesous, que pertenece a otro idioma, lo someten ellos al cómputo de los griegos y entonces ora llaman «episeme» porque tiene seis letras, ora le llaman

«Pleroma de las Ogdóadas» porque posee el número 888. Mas la palabra griega que es Soter, esto es Salvador, porque no corresponde a su fábula ni por el nombre ni por las letras, la silenciaron. No obstante, si fuera debido a la Providencia de Dios el hecho de que habían recibido ellos los nombres divinos que indicaban por el número de letras el número de Eones del Pleroma, la palabra Soter (Soter), que es una palabra griega, debería

revelar, por el número de letras expresadas en griego, el misterio del Pleroma. En realidad no es así: porque esta palabra se compone de cinco letras y da el número 1408. Estas cifras no corresponden a nada en su Pleroma. Está por tanto desprovista de verdad la supuesta serie de acontecimientos que se desarrollan dentro de su Pleroma.

24,2. En cuanto al nombre de Jesús, (Iesous) según la lengua hebrea a la que pertenece, se compone de dos letras y media, según los sabios judíos y significa «El Señor que posee el cielo y la tierra»: porque, en el primitivo hebreo, «Señor» se dice Iah, y «cielo y tierra», samaim wa'arets. El Verbo que posee el cielo y la tierra es por tanto Jesús mismo. Es falsa por tanto la explicación que los herejes dan de «episeme» y su supuesto número (888) queda rechazado expresamente. Porque si tomamos las palabras en su lengua original: Soter en griego tiene cinco letras, y Jesús en hebreo tiene dos letras y media. Se destruye así el número de cálculo 888. Porque las letras hebreas no concuerdan en número con las griegas, cuando deberían, por ser más antiguas y más excelentes, salvaguardar la cuenta del número de nombres... (dos frases incomprensibles, según Rousseau son las dos frases siguientes, líneas 40-46. Porque las mismas antiguas y primeras letras hebreas, llamadas también sacerdotales son diez en número: mas son escritas cada una por quince XV, estando la última unida a la primera: y por ese motivo escriben algunas como las que siguen, tal como escribimos nosotros, de izquierda a derecha; en cambio otras al revés, de derecha a izquierda, invirtiendo el sentido de las letras. Cristo debió, también él, poseer un nombre, cuyo número correspondiera a los Eones del Pleroma, puesto que ha sido emitido para consolidación y reparación del Pleroma según ellos. Así también el Padre debió encerrar en sí por medio de las letras y cifras el número de Eones emitidos por él; de la misma manera el Abismo y no menos el Unigénito y sobre todo el nombre hebreo Baruch, que se le atribuye a Dios, y que no admite más que dos letras y media. Si por tanto los vocablos más importantes tanto del hebreo como del griego no se con-

forman con su fábula, ni por el número de letras ni por alguna de las cifras, es evidente que, por todos los demás vocablos, los cálculos de los herejes no son más que una vergonzosa falsificación.

24,3. Arrancan a la ley todo lo que se conforma con las cifras de su sistema y se esfuerzan así en hacer violencia a los textos para disponer de pruebas. Mas si su Madre o el Salvador hubieran tenido la intención de mostrar, por medio del Demiurgo, las figuras de las realidades del Pleroma, hubieran obrado de manera que fuesen las cosas más verdaderas y más santas las que sirviesen de figuras, sobre todo el arca de la alianza, por la que fue edificado todo el tabernáculo del testimonio. Ahora bien esta arca fue construida de manera que tenía dos codos y medio de larga, codo y medio de ancha, y codo y medio de alta^a: el número, de codos no coincide en nada con su fábula, aun cuando por ese número debiera de manifestarse sobre todo su figura. Tampoco el propiciatorio coincide en nada con sus descripciones^b. En cuanto a la mesa de la proposición: tenía dos codos de larga, un codo de ancha y codo y medio de alta^a: está ésta en el sancta sanctorum, una sola de esas dimensiones evoca la Tétrada, o la Ogdóada o el resto de su Pleroma. ¿Y qué pensar del candelabro de siete brazos y siete lámparas?^d. Si hubiera sido hecho para servir de figura, hubiera debido tener ocho brazos y otras tantas lámparas para ser la figura de la primera Ogdóada que brilla en el seno de los Eones e ilumina a todo el Pleroma.

Han nombrado cuidadosamente a las diez cortinas del tabernáculo^e, asegurando que eran una figura de los diez Eones de la Década; sin embargo han tenido el cuidado de no contar las pieles, porque estaban hechas en número de once^f.

Tampoco han tomado la medida de las cortinas, porque cada una de ellas tenía veintiocho codos de larga^g. Hacen ver igualmente, a causa de la Década de Eones, la longitud de las colum-

24,3 (a) Ex. 25,10; (b) Ex. 25,17; (c) Ex. 25,23; (d) Ex. 25,31-39; (e) Ex. 25,17; (f) Ex. 26,16-28; (g) Ex. 26,2.

nas que era de diez codos^h; pero no manifiestan ni su anchura, que era de codo y medio, ni el número total de columnas, ni el número de sus travesañosⁱ, porque no coinciden con su sistema. Y ¿qué decir del óleo de unción que santifica todo el tabernáculo? Fue sin duda ignorado por el Salvador, o estaba durmiendo su Madre, cuando el Demiurgo se hizo cargo de los distintos ungüentos. Por eso no coincide con el Pleroma: el óleo de unción tenía 500 siclos de mirra pura, 500 siclos de casia, 250 de cinamomo aromático y otros 250 de caña aromática, además del óleo, de suerte que se componía de estos cinco ingredientes; asimismo el incienso se componía: de resina, de uña aromática, de gálbano, de menta y de granos de incienso^k, cosas que ni por el número de ingredientes ni por su peso pueden coincidir con el sistema de los herejes.

Es por tanto irracional y muy rudo que no se haya conservado la figura de las realidades de arriba en las instituciones más sublimes y más distinguidas de la ley; en todos los demás casos en cambio, desde que un número coincide con sus números, afirman que ése es una figura de las realidades del Pleroma, porque todo número está puesto de muchas maneras en las Escrituras de tal manera que pueda, el que quiera, sacar de ellas no solamente la Ogdóada, la Década y Dodécada, sino cualquier otro número y que sea éste una figura del error inventado por ellos.

24,4. Para demostrar esto tomamos el número cinco, que no corresponde a nada en su sistema, ni tiene ningún equivalente en su fábula, ni les sirve de figura para demostrar las realidades del Pleroma. Este número va a recibir de las Escrituras su consagración. La palabra Soter tiene cinco letras, así como la palabra Pater y la palabra Agape. Nuestro Señor bendijo cinco panes y dio de comer con ellos a cinco mil hombres^a.

Las Vírgenes prudentes, de quienes habló el Señor, fueron cinco, así como las Vírgenes necias^b. Igualmente se encontraban

24,3 (h) Ex. 26,6; (i) Ex. 26,16-28; (j) Ex. 30,23-25; (k) Ex. 30,54. — 24,4 (a) Mat. 14,15-21; (b) Mat. 25,1-13.

cinco hombres con el Señor en el momento en que Pedro dio testimonio de él, a saber: Pedro, Santiago, Juan, Moisés y Elías^c. El Señor, después de introducirse en quinto lugar en la casa de la niña muerta, la resucitó: porque está escrito, no permitió a nadie entrar con él, sino sólo a Pedro, a Santiago, al padre y a la madre de la niña»^d.

El rico aquel desde el infierno, dice tener cinco hermanos y pide que algún muerto, después de resucitado^e, vaya donde ellos. la piscina probática tenía cinco pórticos, y fue de allí de donde el Señor mandó al paralítico curado marcharse a su casa. La estructura de la Cruz presenta cinco extremidades: dos a lo largo, dos a lo ancho y en el centro una quinta, sobre la que se apoya el crucificado. Cada una de nuestras manos tiene cinco dedos; tenemos también cinco sentidos; nuestras entrañas encierran cinco órganos a saber: el corazón, el hígado, los pulmones, el bazo y los riñones; por lo demás, el hombre todo entero puede dividirse en cinco partes: la cabeza, el pecho, el vientre, las piernas y los pies. El hombre pasa por cinco edades: la primera infancia, la niñez, la adolescencia, la juventud y la vejez. Moisés entregó la ley al pueblo en cinco libros. Cada una de las tablas, que recibió de Dios, contenía cinco preceptos.

El velo que cubría el Sancta Sanctorum tenía cinco columnas^f. El altar de los holocaustos tenía cinco codos de largo^h. Los sacerdotes elegidos en el desierto fueron cinco, a saber: Aarón, Nadab, Abiud, Eleazar, e Ithamarⁱ. La túnica, el Efod, y demás ornamentos de los sacerdotes estaban compuestos de cinco elementos diferentes, a saber: oro, púrpura violeta, púrpura escarlata, carmesí y lino fino. Jesús, hijo de Nave, encerrando en una cueva a los cinco reyes amorreos, entregó sus cabezas para que fueran pisoteadas por el pueblo. Y millares de ejemplos más de este género se podrían sacar todavía: bien de las Escrituras, bien de las

24,4 (c) Mat. 17,18; (d) Luc. 8,51; (e) Luc. 16,19-31; (f) 5, 2-15; (g) Ex. 26,37; (h) Ex. 27,1; (i) Ex. 28,1.

obras de la naturaleza que están a la vista para ilustrar el número cinco, o para ilustrar cualquier otro número que se quiera.

Mas no por eso decimos que hay cinco Eones sobre el Demiurgo, ni sacralizamos el número cinco, como si fuera una entidad divina, ni intentamos consolidar los ensueños sin consistencia por medio de un trabajo inútil, ni obligamos a que una creatura, bien ordenada por Dios, se mude miserablemente en la figura de realidades que no existen, y tenemos cuidado de no introducir doctrinas impías y sacrílegas que podrían desenmascarar y rechazar todos aquellos que están todavía en su sano juicio.

b) Números sacados de la creación (24,5)

24,5. Porque ¿quién puede concordar con ellos cuando dicen que el año tiene 365 días para esto, para que haya doce meses de 30 días y sea así figura de la Dodécada, si la figura es totalmente diferente de la realidad? Porque allí cada uno de los Eones es la trigésima parte del Pleroma entero, mientras que, por propia confesión suya, el mes es la duodécima parte del año. Si el año se dividiera en treinta meses y cada mes en doce días, se podría estimar que la figura armonizara con su mentira. Mas en realidad ocurre lo contrario: su Pleroma se divide en treinta Eones, y una parte ese Pleroma en doce Eones, en tanto que el año se divide en doce partes y cada una de esas partes en otras treinta.

El Salvador ha obrado con poca propiedad al hacer que el mes sea la figura de todo el Pleroma, y el año la figura de la Dodécada que está en el Pleroma; convenía mucho más dividir el año en treinta partes, así como su modelo el Pleroma, y el mes en doce partes, según su modelo de doce Eones del interior del Pleroma.

Los herejes dividen también su Pleroma entre grupos: la Ogdóada, la Década, y la Dodécada; el año en cambio se divide en cuatro partes: la primavera, el verano, el otoño y el invierno. Pero ni los meses mismos, a los que consideran ellos como figu-

ras de los treinta Eones, tienen treinta días justos: algunos tienen más, otros menos, porque existe un excedente de cinco días. Los días mismos no tienen siempre exactamente doce horas, sino que crecen unas veces de nueve a quince horas para decrecer otras de quince a nueve. Por tanto no es por causa de treinta Eones por lo que han sido hechos los meses de treinta días, lo demás tendrían los meses treinta días exactos, ni han sido hechos los días de doce horas, para que hagan de figuras de la Dodécada, porque lo demás tendrían también siempre doce horas exactas.

c) *Números de izquierda y de derecha (24,6)*

24,6. Esto no es todo. Llaman la izquierda a los seres materiales (hylicos) y dicen que lo que está a la izquierda irá necesariamente a la corrupción: y si el Salvador ha venido en busca de la oveja perdida^a, es precisamente, según ellos, para hacerle pasar a la derecha, o sea al lado de las noventa y nueve ovejas de salvación que no se perdieron y quedaron en el redil. Es necesario que reconozcan que lo que se encuentra a la izquierda no podrá servir para la salvación. Y al mismo tiempo se verán obligados a destinar a la izquierda, es decir a la corrupción, todo lo que no alcanza el número cien: y así la palabra caridad (ágape), según la cuenta de las letras griegas, que practican ellos, teniendo el número 93, es un alivio de la mano izquierda; y de la misma manera también la palabra verdad (alezeia), según la susodicha cuenta, teniendo el número 64, se halla en la región material (hylica). Y se verán obligados a reconocer que absolutamente todos los nombres de cosas santas, que no alcanzan el número cien, y no tienen más que números de izquierda, son corruptibles y materiales.

3. El orgullo gnóstico (25-28)

a) *La doctrina fundamental de la verdad (25,1-2)*

25,1. Tal vez diga alguien. ¿Pues qué? La imposición de nombres, la elección de los apóstoles, la actividad del Señor y la disposición de las cosas creadas ¿no han tenido lugar sin fundamento y por casualidad? —De ninguna manera, responderemos nosotros: Sino muy al contrario, con una gran sabiduría y un cuidado esmerado ha conferido Dios proporción y armonía a todos los seres que ha creado, tanto a los antiguos como a los que su Verbo ha realizado en los últimos tiempos. Con todo se debe unir todo ello, no a una treintena de Eones, sino a la doctrina fundamental de la verdad. No se debe entregar a la búsqueda de Dios a partir de números, de sílabas o de letras: no valdría la pena (sería tiempo perdido), vista la gran variedad y diversidad de ellos, y porque todo sistema inventado hoy mismo por alguien podría apoyarse en testimonios contrarios a la verdad sacados de números, y que podrían ser solicitados en direcciones múltiples. Esto es lo que se debe hacer: unir los números mismos, así como las cosas, que han sido hechas, a la doctrina fundamental de la verdad. Porque no hay doctrina que derive de números, sino mas bien son los números los que provienen de la doctrina; no es Dios el que deriva de las cosas creadas, sino que son las cosas creadas las que provienen de Dios; porque todas las cosas han salido de un solo y mismo Dios.

25,2. Por otra parte no son menos diversas y múltiples las cosas que han sido hechas: colocadas en el conjunto de la obra, aparecen llenas de proporción y armonía; más, consideradas cada una por separado, aparecen opuestas las unas a las otras y discordantes.

Son como los sonidos de una cítara, que, gracias al intervalo mismo que los separa, producen una melodía única y armoniosa, aunque constituida de sonidos múltiples y opuestos. Por tanto aquel que ama la verdad no debe dejarse engañar por el

intervalo existente entre los diferentes sonidos ni sospechar la existencia de varios Artistas o Autores, de los que uno haya dispuesto los sonidos agudos, otro los sonidos graves y otro los sonidos intermedios: debe reconocer en cambio que un solo y mismo Dios ha obrado de manera que ha hecho aparecer la sabiduría, la justicia, la bondad y la munificencia de la obra entera.

Los que escuchan esta melodía deben alabar y glorificar al artista que la ha producido; admirar la agudeza de algunos sonidos, notar la profundidad de otros y percibir también el carácter intermedio de otros; considerar que algunas cosas son figuras de otras, preguntar a qué se refiere cada cosa y buscar su razón de ser; pero sin cambiar jamás la doctrina, ni alejarse del artista, ni rechazar la fe en un solo Dios, autor de todas las cosas, ni blasfemar de nuestro Creador.

b) Pequeñez del hombre frente a la grandeza infinita de su Creador (25,3-4)

25,3. Y si alguno no llega a encontrar la razón de ser de todo lo que se dedica a investigar, piense que el hombre es un ser infinitamente menor que Dios, que no ha recibido la gracia «mas que en parte»^a, que no es todavía igual o semejante a su autor y que no puede tener la experiencia y el conocimiento de todas las cosas tal como Dios. En tanto el hombre, que ha sido hecho y ha recibido hoy el comienzo de su existencia, es inferior a aquel que no ha sido hecho y es por ello idéntico siempre a sí mismo, en cuanto ese mismo hombre es inferior a su autor en lo que concierne a la ciencia e investigación de las razones de ser de todas las cosas. Porque tú no eres increado, ¡oh hombre!, y por eso no has coexistido siempre con Dios como su propio Verbo; mas gracias a su supereminente bondad, después de recibir al presente el comienzo de tu existencia, aprendes poco a poco del Verbo las «economías» del Dios que te ha hecho.

25,4. Guarda por tanto la categoría que corresponde a tu ciencia y no pretendas, en tu ignorancia de los bienes, exceder a Dios mismo, porque Él es imperecedero. No busques lo que pueda haber sobre el Creador, porque no lo hallarás: porque tu Autor es ilimitado. Ni pretendas, como si le hubieras medido todo entero, como si hubieras explorado toda su actividad creadora, como si hubieras considerado su profundidad, su longitud y su altura, imaginar sobre él a otro Padre: No descubrirás nada, sino, por haber pensado en contra de la naturaleza de las cosas, serás un insensato; y, si perseveras en ese camino, caerás en la locura, creyéndote más imaginándote que rebasas su esfera.

c) *Superioridad de un amor ignorante sobre una ciencia orgullosa (26,1)*

26,1. Por tanto es mejor y más útil ser ignorante o de poco saber, y aproximarse a Dios por amor, que creerse sabido y habilitado en muchas cosas y ser en cambio blasfemo contra el Señor por imaginarse a otro Dios y Padre superior a él. Por eso ha escrito Pablo: «La ciencia hincha, mas la caridad edifica»^a. No porque haya considerado él como crimen el verdadero conocimiento de Dios, lo demás sería el primero en acusarse a sí mismo; sino porque sabía que algunos, enaltecidos con la ciencia, venían a decaer del amor de Dios y, a causa de ello, a creerse a sí mismos perfectos, introduciendo en cambio a un Demiurgo imperfecto. Para arrancar su orgullo, fruto de esa supuesta ciencia, era por lo que decía Pablo:

«La ciencia hincha, mas la caridad edifica». Porque no existe mayor orgullo que creerse mejor y más perfecto que aquél que nos ha hecho, nos ha modelado^b, nos ha dado el hálito de vida^c y nos ha proporcionado la existencia misma.

Es preferible por tanto, como lo hemos dicho ya, no saber nada de nada, ni la causa, o sea el por qué de una sola de las cosas

que han sido hechas, y creer en Dios y permanecer en su amor^d, que hincharse de orgullo por medio de una supuesta ciencia y decaer de ese amor que vivifica al hombre. Vale más esto de no buscar otra ciencia que no sea a Jesu-Cristo, Hijo de Dios, crucificado por nosotros^e, que lanzarse a las sutilezas de la investigación y caer por ello en la negación de Dios.

d) Investigaciones inútiles (26,2)

26,2. ¿Qué pensar por tanto de un hombre que, enorgullecido algo por esas tentativas y porque el Señor ha dicho: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados»^a, quisiere investigar por curiosidad el número de cabellos de cada cabeza y por qué uno tiene un número determinado de ellos y otro diferente? Porque no todos tienen el mismo número, y así ocurre que hay millares y millares de números diferentes, que dependen del hecho de que unos tienen la cabeza más grande y otros más pequeña, o del hecho de que unos tienen los cabellos espesos, otros claros, y otros en fin solamente un número muy pequeño de cabellos. Y cuando estas personas crean haber encontrado el número de cabellos en cuestión ¿tratarán de aplicarlo como testimonio en favor del sistema inventado por ellos?

Y ¿qué pensar de un hombre, que con el pretexto de que se ha dicho en el Evangelio: ¿No se venden dos pájaros por un as? Y sin embargo ninguno de ellos cae en tierra sin el consentimiento de Vuestro Padre^b; se pusiere a contar los pájaros cogidos cada día en el mundo entero o en cada país y a buscar la razón por la que tal número ha sido cogido ayer, tal otro anteayer y tal otro también hoy, y pusiere entonces el número de pájaros en relación con su sistema? ¿Tal hombre no se engañará a sí mismo y enloquecerá a los que se fían de él? Porque los hombres estarán

26,1 (d) Jn. 15,9-10; (e) I Cor. 2,2. — 26,2 (a) Mat. 10,30; (b) Mat. 10,29.

siempre dispuestos en tales circunstancias a creer que han hallado más que sus maestros.

26,3. Tal vez nos pregunte alguien si el número total de cosas que han sido hechas y se hacen es conocido de Dios y si cada cosa ha recibido la cantidad propia según la providencia de Dios. Nosotros estamos todos de acuerdo en confesar a este hombre que absolutamente nada de lo que se ha hecho y se hace escapa a la ciencia de Dios: gracias a su Providencia cada cosa ha recibido y recibe su forma, disposición, número y cantidad propias; absolutamente nada se ha hecho o se hace sin una razón o por casualidad, sino al contrario se ha hecho todo con una gran armonía y un arte sublime, y existe un Verbo admirable y realmente divino, que es capaz de discernir todas las cosas y dar a conocer sus razones de ser.

Supongamos que el hombre, de quien hablamos después de recibir de nosotros este testimonio y esta conformidad, se decide a: contar los granos de arena y las piedrecillas de la tierra, así como las olas del mar y las estrellas del cielo, y descubrir las razones de ser de los números hallados por él (que él cree haber hallado): ¿No será este hombre considerado con razón como perdiendo el tiempo, como extravagante y loco, por todos aquellos que conservan aún su sentido común? Y cuanto más supera a los demás hombres en las investigaciones de esta clase y se imagina rebasar a los demás por sus descubrimientos, tratando a todos de incapaces, ignorantes y de «psíquicos» porque rehusan emprender una labor tan vana, tanto más será en realidad insensato y estúpido, como el que ha sido herido por un rayo: Y en vez de confiar en Dios, cambia a Dios por la ciencia, que él cree haber descubierto y lanza su pensamiento por encima de la grandeza del Creador.

e) Investigaciones provechosas (27,1-3)

27,1. En cambio una inteligencia sana, sensata, piadosa y enamorada de la Verdad se volverá a las cosas, que Dios ha pue-

to en poder de los hombres y pueden ser conocidas por nosotros. Estas son las cosas a las que se aplicará con todo su ardor y en las que progresará, instruyéndose en ellas con facilidad mediante el ejercicio cotidiano. Estas cosas son, por una parte, las que caen bajo nuestra mirada y, por otra, todo lo que está contenido claramente y sin ninguna ambigüedad, y en sus propios términos, en las Escrituras. He aquí por qué las parábolas deben ser comprendidas a la luz de cosas no ambiguas: de manera que aquel que las interprete las interpretará sin riesgo; las parábolas recibirán de parte de todos una interpretación parecida, y el cuerpo de la verdad se mantendrá completo, estructurado con armonía y exento de turbación. En cambio unir las cosas no expresadas claramente y que no caen bajo nuestra mirada con las interpretaciones de parábolas, que cada uno imagina tal como quiere, es irrazonable: de manera que la regla de la verdad no se hallará en nadie, sino que, cuantos intérpretes de parábolas haya, tantas serán las verdades antagónicas y teorías contradictorias que surjan, como es el caso en las cuestiones debatidas por los filósofos paganos.

27,2. En una coyuntura semejante el hombre buscará siempre y no hallará jamás, porque habrá rechazado el método mismo que le hubiera permitido hallar. Y cuando llegue el Esposo, aquel cuya lámpara no esté preparada y no brille con el resplandor de una clara luz, recurrirá a los que trafican en las tinieblas con las interpretaciones de las parábolas; abandona así a Aquél que, por medio de su clara predicación, concede gratuitamente el tener acceso a él y se excluye del tálamo nupcial^a.

Así por tanto todas las Escrituras, tanto proféticas como evangélicas —que pueden escucharlas todos igualmente, aunque no las crean todos de la misma manera— proclaman claramente y sin ambigüedad que un solo y único Dios, con exclusión de cualquier otro, ha hecho todas las cosas por medio de su Verbo, las visibles e invisibles, las celestes y las terrestres, las que viven

en las aguas y las que se arrastran bajo tierra, como hemos demostrado por las palabras mismas de las Escrituras; por su parte el mundo mismo donde estamos, por lo que nos ofrece a nuestras miradas, atestigua también que es uno solo Aquel que lo ha hecho y lo gobierna.

Cuán estúpidas aparecerán las gentes que, en presencia de una manifestación tan clara, se ciegan y no quieren ver la luz de la predicación; se encadenan a sí mismos y por medio de incomprendibles interpretaciones de parábolas, se imaginan cada uno de ellos haber encontrado a su propio Dios. Porque en lo que concierne al Padre, tal como es imaginado por los herejes, ninguna Escritura dice claramente qué sea, en términos propios y sin contestación posible: testifican que el Salvador ha entregado sus enseñanzas secretamente y no a todos, sino a algunos discípulos capaces de comprender^b lo que él indicaba por medio de enigmas y parábolas. Así vienen a decir que uno es el que es predicado como Dios, y otro el que es indicado por medio de parábolas y enigmas, o sea el Padre.

27,3. Mas, puesto que las parábolas son susceptibles de múltiples interpretaciones, fundar en ellas su investigación de Dios, abandonando lo que es cierto, indudable y verdadero ¿qué hombre enamorado de la verdad no convendrá en que es precipitarse en un gran peligro y obrar en contra de la razón? Y ¿no es esto acaso edificar su vasa, no sobre roca firme, sólida y descubierta, sino sobre la inseguridad de una arena movediza?

Un edificio así será fácil de derribar.

f) *Reservará Dios el conocimiento de las cosas que nos superan (28,1-3)*

28,1. Por tanto, como poseemos la regla misma de la verdad y un testimonio claro sobre Dios, no debemos, por buscar res-

puestas a preguntas hechas en todas las demás direcciones, rechazar el sólido y verdadero conocimiento de Dios; debemos más bien, orientando la solución de las cuestiones en el sentido que ha sido fijado, ejercitarnos en meditar sobre el misterio y «economía» del único Dios que existe, crecer en el amor de aquel que tantas obras ha hecho y sigue haciendo por nosotros, y no separarnos jamás de la convicción, que nos hace proclamar de la manera más categórica que solamente es verdadero Dios y Padre aquel que ha creado el mundo, ha modelado al hombre y ha dado el crecimiento a su creatura, llamándole de unos bienes menores a otros mayores que hay en Él.

Así el niño, después de haber sido concebido en el seno materno es llevado por Él, y el grano de trigo, después de haber engordado en la espiga, es depositado en el granero^a; mas es uno solo y el mismo el Creador que ha modelado el seno materno y ha creado el Sol, y es también uno solo y el mismo el Señor que ha producido la espiga, y ha hecho crecer y multiplicarse^b al trigo y ha preparado el granero.

28,2. Mas, si no podemos hallar la solución de todas las cuestiones planteadas por las Escrituras, no por ello iremos en busca de otro Dios Superior a aquel que es el verdadero Dios: sería el colmo de la impiedad. Debemos separar de tales cuestiones al Dios, que nos ha hecho, sabiendo muy bien que las Escrituras son perfectas, dichas por el Verbo de Dios y su Espíritu; mas nosotros, en la medida en que somos inferiores al Verbo de Dios y a su Espíritu, en esa misma medida necesitamos recibir el conocimiento de los misterios de Dios. No es de extrañar por otra parte que sintamos esa ignorancia ante las realidades espirituales y celestiales y las cosas que deben sernos reveladas, puesto que incluso entre las cosas que están a nuestro alcance —hablo de las cosas que pertenecen a este mundo creado, que son manoseadas y vistas por nosotros y que nos están presentes— hay muchas que

escapan a nuestro conocimiento, y reservamos a Dios esas mismas cosas: porque es preciso que sea Él más excelente que los demás seres. ¿Qué pasaría por ejemplo si intentáramos explicar la causa de la crecida del Nilo? Diríamos un buen número de cosas más o menos plausibles, mas la verdad segura y cierta está solamente en Dios.

Incluso los nidos de las aves, que vienen donde nosotros en primavera y se marchan en otoño, escapan a nuestro conocimiento, cuando se trata en realidad de un hecho que acontece en nuestro mundo.

Y ¿qué explicación podemos dar del flujo y reflujo del mar, aun cuando es evidente que estos fenómenos tienen una causa bien determinada? O también ¿qué podemos decir de los mundos situados más allá del océano? O ¿qué sabemos del origen de la lluvia, de los relámpagos, de los truenos, de las nubes, de la niebla, de los vientos y demás cosas de este género? ¿O sobre los depósitos de nieve y de granizo^a o de aquellas cosas que les son parecidas? ¿O sobre la formación de las nubes y la constitución de la niebla?

¿Y cuál es la causa por la que la luna crece u decrece? O también ¿cuál es la causa por la que difieren las aguas, los metales, las piedras y otras cosas semejantes? En todo ello podremos muy bien ser charlatanes los que buscamos las causas de las cosas; mas solamente Aquel que las ha creado, es decir Dios, será digno de crédito.

28,3. Si por tanto incluso en este mundo creado hay cosas que están reservadas a Dios y otras entran en el dominio de nuestra ciencia, ¿no es sorprendente que entre las cuestiones planteadas por las Escrituras —esas Escrituras que son totalmente espirituales— haya cosas que las resolvemos con la gracia de Dios y otras las abandonamos a Dios, y no sólo en este mundo presente, sino también en el mundo futuro, a fin de que sea siempre Dios

el que enseña, y el hombre sea siempre discípulo de Dios? Porque según la palabra del apóstol, cuando sea destruido todo lo que no sea más que parcial, permanecerán estas tres cosas, a saber, la fe, la esperanza y la caridad^a.

Siempre, en efecto, la fe en nuestro Maestro se mantendrá estable, asegurándonos que sólo hay un verdadero Dios, de suerte que le amemos siempre, porque solo él es nuestro Padre, y esperemos recibir y aprender de él siempre por más tiempo, porque él es bueno, sus riquezas son ilimitadas, su reino sin fin y su ciencia sin medida. Si por tanto, tal como acabamos de decir, abandonamos en manos de Dios algunas cuestiones, conservaremos nuestra fe y nos mantendremos fuera de peligro; y toda la Escritura, que os ha sido dada por Dios, nos parecerá concordante; las parábolas armonizarán con los pasajes claros y los pasajes claros proporcionarán la explicación de las parábolas; y a través de esta polifonía de textos resonará en nosotros una sola melodía armoniosa, alabando con himnos al Dios que hizo todas las cosas. Si se nos pregunta por ejemplo: ¿Qué hacía Dios antes de la creación del mundo? Diremos que la respuesta a esta pregunta está en poder de Dios. Que este mundo ha sido creado eficazmente por Él, y que ha tenido su comienzo en el tiempo nos lo enseñan todas las Escrituras; mas lo que hacía Dios antes ninguna Escritura nos lo indica.

Por tanto, la respuesta a la pregunta hecha corresponde a Dios y no es necesario querer hallar expresiones necias, estúpidas y blasfemas^b y, con la ilusión de haber descubierto el origen de la materia, rechazar al Dios que ha hecho todas las cosas.

g) *Los herejes no admiten que Dios sepa algo que nosotros desconocemos (que haya algo reservado a Dios) (28,4-9)*

28,4. En efecto, vosotros, que inventáis tales fábulas, considerad que Aquél, que llamáis el Demiurgo, que es el único en ser

llamado Dios Padre, porque realmente lo es, es el único Dios conocido por las Escrituras, y es el Dios a quien el Señor le proclama su Padre^a y no conoce a otro, como lo mostraremos por sus propias palabras. Cuando decís que este Dios es el fruto de una deficiencia, y «producto de la ignorancia»; cuando le hacéis ignorar lo que está sobre él y decís de él otras cosas de esta suerte, considerad la enormidad de la blasfemia proferida por vosotros contra el que es el verdadero Dios.

Parece que decís con gravedad y honestidad que creéis en Dios; después, al no poder mostrarnos a otro Dios, proclamáis «fruto de una deficiencia» y «producto de la ignorancia» a aquel mismo en quien decís creer. Esta ceguera y esta locura os provienen de que no reserváis nada a Dios. Vosotros pretendéis exponer: la génesis y la producción de Dios mismo, de su Pensamiento, de su Verbo, de la Vida y de Cristo, como que no han salido de otra fuente, que no sea la psicología humana. Y no comprendéis que, en el caso del hombre, que es un ser viviente compuesto de partes, es legítimo distinguir el entendimiento y el pensamiento, como lo hemos hecho más arriba: del entendimiento procede el pensamiento, del pensamiento la reflexión y de la reflexión la palabra —¿qué palabra? Porque, según los griegos, una es la facultad directriz que elabora el pensamiento, y otro diferente el órgano por medio del cual es emitida la palabra, y tanto se mantiene el hombre inmóvil y silencioso como habla y se mueve; mas Dios, como es todo entero Entendimiento, todo entero Palabra, todo entero Espíritu operante, todo entero luz, siempre idéntico y semejante a sí mismo, y así como nos es provechoso saber las cosas de Dios tal como nos enseñan las Escrituras, así no podrán existir en él diversos estados de ánimo de esta suerte. Porque, como la lengua es carnal es incapaz de seguir la rapidez del entendimiento humano, que es espiritual; de lo que proviene que nuestra palabra quede ahogada, por así decirlo, dentro y sea proferida hacia afuera no de una sola vez, tal como ha

sido concebida por el entendimiento, sino por partes, según es capaz la lengua de realizar su cometido.

28,5. En cambio siendo Dios todo entero Entendimiento y todo entero el Verbo que piensa y habla, y lo que habla eso es lo que piensa también, porque su Entendimiento es su Palabra y su Palabra es su Entendimiento, y el Entendimiento que encierra todo no es otro que el Padre mismo. Si por tanto se pone un Entendimiento en Dios y se afirma que ese Entendimiento ha sido emitido, se introduce una composición en Dios, porque en ese caso Dios sería una cosa y el Entendimiento director otra. De la misma manera, dando al Verbo el tercer puesto de emisión a partir del Padre —lo que explica que el Verbo ignore al Padre—, se establece una profunda separación entre el Verbo y Dios.

El profeta dice del Verbo: Su generación ¿quién la contará?^a En cambio vosotros, escrutando la generación del Verbo de parte del Padre, aplicáis al Verbo de Dios la expresión de la palabra humana por medio de la lengua. Quedáis así convencidos por vosotros mismos de que no conocéis ni las cosas humanas ni las divinas.

28,6. Hinchados irracionalmente de orgullo, pretendéis con osadía conocer los misterios indecibles de Dios, aun cuando el Señor, el Hijo de Dios en persona, aceptó la opinión de que el día y la hora del juicio eran conocidos solamente por el Padre. Él dice sin ambages: «Pero aquel día y aquella hora nadie los conoce... ni el Hijo, sino sólo el Padre»^a. Si por tanto el Hijo no se ruborizó por reservar al Padre el conocimiento de ese día, sino que dijo la verdad, no nos avergoncemos tampoco nosotros de reservar a Dios las cuestiones que nos superan porque nadie está sobre el Maestro^b. Por eso si alguien nos preguntare: Por tanto ¿cómo el Hijo ha sido emitido por el Padre? nosotros le responderemos que a esa emisión, o generación, o denominación, o

manifestación, o cualquier otro nombre con que se quiera llamar a esa generación inefable^c no la conoce nadie, ni Valentín, ni Marción, ni Saturnino, ni Basírides, ni los Ángeles, ni los Arcángeles, ni Principados, ni Potestades, sino solamente el Padre que ha engendrado y el Hijo que ha nacido. Por tanto si su generación es inefable, todos aquellos, quienquiera que sean, que intentan explicar las generaciones y emisiones, están sin sentido común, puesto que prometen decir lo que es indecible.

Que del pensamiento y del entendimiento procede la palabra lo sabe con certeza todo el mundo. Por consiguiente no han encontrado nada que sea del otro mundo los que han inventado las emisiones, ni han descubierto un misterio tan secreto, aplicando al Verbo, Hijo único de Dios, lo que es comprendido por todo el mundo. Al que llaman inefable e innombrable, a ése le nombran y describen como si le hubieran parido ellos mismos, hablan de su emisión y generación primeras, asemejando la Palabra de Dios a la palabra proferida por los hombres.

28,7. Al hablar igualmente del origen de la materia no nos equivocaremos tampoco, si decimos que es Dios el que la ha producido, porque sabemos por las Escrituras que Dios detenta su preeminencia sobre todas las cosas. Mas de dónde la ha sacado y cómo, no hay Escritura que lo explique, ni tenemos derecho nosotros de lanzarnos, partiendo de nuestras propias opiniones, a una infinidad de conjeturas sobre Dios: un conocimiento así debe estar reservado a Dios.

Así mismo también ¿por qué, habiendo sido creados por Dios todos los seres, han trasgredido algunos, apartándose de la sumisión a Dios, en tanto que otros, o por mejor decir la gran mayoría, han perseverado y perseveran en la sumisión a su Creador? ¿De qué naturaleza son los que han trasgredido y los que perseveran? Otras tantas cuestiones que deben reservarse a Dios y a su Verbo. A este Verbo a quien dijo: «Siéntate a mi derecha

hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies»^a; en cuanto a nosotros, estamos todavía sobre la tierra, no sentados aún en el trono de Dios^b. Porque el Espíritu del Salvador que está en él: «Lo escudriña todo hasta las profundidades de Dios»^c; por lo que concierne a nosotros, «hay diversidad de dones espirituales, diversidad de ministerios y diversidad de operaciones»^d, y sobre la tierra, como lo dice también Pablo: «nosotros conocemos en parte y profetizamos también parcialmente»^e.

Por consiguiente así como no conocemos más que parcialmente, así debemos inclinarnos en todas las cuestiones ante Aquél, que no nos da todavía más que parcialmente su gracia.

Que el fuego eterno ha sido preparado para los trasgresores lo ha dicho el Señor expresamente y lo manifiestan todas las Escrituras; que Dios ha conocido de antemano la producción de esta trasgresión lo manifiestan igualmente las Escrituras, de la misma manera que preparó también desde el principio el fuego^f eterno para aquellos que van a trasgredir; mas, por qué causa exactamente han trasgredido algunos, ni ha referido Escritura alguna, ni lo ha dicho el Apóstol, ni lo ha enseñado el Señor. Es preciso también reservar a Dios este conocimiento, como lo ha hecho el Señor para el día y la hora del juicio^g, y no caer en el extremo peligroso de no reservar nada a Dios, y ello cuando no se tiene recibido todavía más que en parte su gracia.

Buscando en cambio lo que está sobre nosotros y nos es inaccesible al presente, se llega a tal grado de osadía que se pretende dejar explicado a Dios, como si se hubiera descubierto ya lo que no ha sido jamás descubierto todavía; y, con el apoyo de la falsa teoría de las emisiones, se afirma que el Dios Creador de todas las cosas ha salido de una deficiencia y de una ignorancia y se forja así un sistema malvado contra Dios;

28,7 (a) Ps. 109,2; (b) Ap. 3,21; (c) I Cor. 2,10; (d) I Cor. 12,1-6; (e) I Cor. 13,9; (f) Mat.; (g) Mat. 24,36.

28,8. Después de lo cual, no teniendo ningún testimonio que apoye esta ficción, que se acaba de inventar, se recurre: ya a los primeros números formados, ya a las sílabas, ya a los nombres, ya también a las letras contenidas en otras letras ya a las parábolas incorrectamente explicadas, o ya también a suposiciones gratuitas para tratar de dar consistencia a la fábula que se ha fingido.

Si alguien busca, en efecto, el saber por qué motivo el Padre, que tiene todo en común con el Hijo, ha sido presentado por el Señor como el único conocedor del día y la hora del juicio^a, no hallará al presente otro motivo más apropiado, ni más conveniente, ni más seguro que aquello: de que, siendo el Señor el único Maestro verdadero, quiere que sepamos por medio de él que el Padre está sobre todas las cosas: «Porque el Padre, dice él, es mayor que yo»^b. Si por tanto el Padre ha sido presentado por el Señor como superior desde el punto de vista de la ciencia, ha sido a fin de que también nosotros, mientras estamos en la «figura del este mundo»^c, reservemos a Dios la ciencia perfecta y la solución de semejantes cuestiones, no sea que, buscando sondear la profundidad^d del Padre, caigamos en el peligro extremado de buscar si, por encima de Dios, hay otro Dios.

28,9. Mas si algún pleitista se opone a lo que acabamos de decir y en particular a la palabra del Apóstol: «Nosotros no conocemos más que en parte y no profetizamos más que parcialmente»^a, y piensa que su conocimiento no es parcial, sino que posee un conocimiento universal de todo lo que existe; si se cree un Valentín, o un Ptolomeo, o un Basílides, o cualquiera de aquellos que pretenden haber escrutado las profundidades de Dios^b: que no se gloríe con la vana jactancia, de que hace alarde, de conocer mejor que los demás las realidades invisibles e indemostrables, sino que se ocupe más bien de cosas pertenecientes a nuestro mundo e ignoradas de nosotros, tales como el número de cabellos de su cabeza, el número de pájaros cogidos cada día y de todo lo

28,9=8 (a) Mat. 24,36; (b) Jn. 14,28; (c) I Cor. 7,31; (d) Rom. 11,33. — 28,9 (a) I Cor. 13,9; (b) I Cor. 2,10.

demás, no conocido por nosotros; que haga diligentes averiguaciones, que se coloque en la escuela de su supuesto «Padre» y nos enseñe después todo ello a fin de que podamos creerle también cuando nos revele secretos mayores. Pero si estos «perfectos» no conocen aún lo que está en sus manos, ante sus pies y enfrente de sus ojos, en este mundo terrestre, y, ante todo, la manera en que están dispuestos los cabellos de su cabeza ¿cómo vamos a creerles cuando nos hablen con profusión de las realidades espirituales y supracelestes y de lo que está sobre Dios? Nosotros hemos hablado bastante sobre números, nombres, sílabas y cuestiones relativas a las realidades que están sobre nosotros y la manera incorrecta en que se explican las parábolas; tú podrás decir seguramente sobre ello más cosas todavía.

CUARTA PARTE

REFUTACIÓN DE LAS TESIS VALENTINIANAS QUE SE REFIEREN A LA CONSUMACIÓN FINAL Y AL DEMIURGO (29,30)

1. El destino final de las tres naturalezas o substancias

29,1. Volvamos al resto de su doctrina. Cuando llegue la consumación final, dicen ellos, su Madre regresará al Pleroma y recibirá por esposo al Salvador; en cuanto a ellos, que se dicen espirituales, después de ser despojados de sus almas y hechos espíritus intelectuales, serán las esposas de los ángeles espirituales; en cambio el Demiurgo, al que ellos llaman psíquico se retirará al lugar de la Madre, y las almas de los «justos» reposarán, de manera psíquica, en el lugar del Intermediario: si dicen que cada uno se reunirá con su semejante, es decir, los espirituales con los espirituales, y que, en cambio, los hylicos permanecerán en el elemento hylico, estarán en contradicción con sus propios principios; en efecto, según su opinión, no es por su naturaleza

por lo que las almas irán al Intermediario, su lugar connatural, sino en razón de sus obras, puesto que, según ellos, las almas de los justos irán a ese lugar, en tanto que las de los malvados permanecerán en el fuego. Mas una de dos: —o bien todas las almas van al lugar del refrigerio en razón de su naturaleza y pertenecen así al Intermediario por el solo hecho de ser almas: y en ese caso, puesto que todas son de la misma naturaleza, es superflua la fe, y superfluo también el descenso del Salvador—; o bien van al lugar del refrigerio en razón de su justicia; y en ese caso no van por ser almas, sino porque son justas. Mas entonces, si la justicia es capaz de salvar las almas destinadas a perecer con tal de que sean justas ¿por qué no salvará ella también los cuerpos, ya que, también ellos han tenido parte en la justicia? Porque si las que salvan son la naturaleza y la substancia, se salvarán todas las almas, mas si son la justicia y la fe ¿por qué ellas no salvarán también los cuerpos destinados todos tal como las almas a la corrupción? Porque una tal justicia aparecerá impotente o injusta si salva algunas cosas por su participación y no salva a otras.

29,2. Es evidente, en efecto, que las obras de justicia se realizan (reciben su perfeccionamiento) en los cuerpos. Entonces una de dos: o bien todas las almas irán necesariamente al lugar del Intermediario, y no habrá juicio en ninguna parte; o bien los cuerpos que han participado de la justicia, ocuparán también ellos el lugar del refrigerio juntamente con las almas, que han participado de la misma manera en esa justicia, si es verdad que la justicia es capaz de hacer pasar a ese lugar todo lo que ha participado de ella y la doctrina sobre la resurrección de los cuerpos surgirá entonces en toda su realidad y consistencia. Es ésta la doctrina en la que nosotros creemos por nuestra parte: Dios al resucitar nuestros cuerpos mortales^a, que han guardado la justicia, los hará incorruptibles e inmortales. Porque Dios es más poderoso que la naturaleza: Él tiene a su disposición el querer,

porque es bueno, el poder, porque es poderoso, y el perfeccionar, porque es rico y perfecto

29,3. En cuanto a los herejes, se contradicen totalmente al declarar que no todas las almas irán al Intermediario, sino solamente las almas de los justos. Dicen, en efecto, que han sido emitidas por la Madre tres clases de naturalezas o substancias: la que deriva de la angustia, de la tristeza y del temor, o sea la substancia hylica; la que proviene del impulso de la conversión, o sea la substancia psíquica, y finalmente aquella que la Madre ha dado a luz tan pronto como ha visto a los ángeles en torno a Cristo, es decir, la substancia espiritual. Entonces si la substancia alumbrada así debe entrar de todas las maneras en el Pleroma, porque es espiritual, y si la substancia hylica, porque es hylica, debe permanecer en las regiones inferiores y ser totalmente destruida cuando se inflame el fuego que reside en ella ¿por qué la substancia psíquica no pasará toda entera al lugar del Intermediario a donde es enviado también por ellos el Demiurgo? Por lo demás ¿cuál es el elemento de ellos que entrará en el Pleroma?

Las almas, según ellos, se quedarán en el Intermediario; en cuanto a los cuerpos, que son de naturaleza hylica, dicen que se convertirán en polvo y serán consumidos por el fuego que hay dentro de la materia. Mas una vez deshecho su cuerpo y habiendo quedado su alma en el Intermediario, no queda nada del hombre que pueda entrar en el Pleroma. Porque el entendimiento del hombre, el pensamiento, la consideración y demás cosas de esta suerte no son unas realidades diferentes de la misma alma: son movimientos y operaciones del alma misma, que no tienen existencia fuera del alma. Por tanto ¿qué quedará de esas realidades que pueda entrar en el Pleroma? Esas realidades en cuanto son el alma misma permanecerán en el Intermediario, y en cuanto son cuerpo se consumirán con el resto de la materia.

2. La naturaleza supuestamente psíquica del Demiurgo (30)

a) *Superioridad del Demiurgo probada por sus obras*

30,1. Sin embargo aseguran estos insensatos estar sobre el Demiurgo. Se proclaman superiores al Dios que ha hecho y ordenado los cielos, la tierra, los mares y todo lo que ellos contienen^a; quieren mostrarse espirituales, cuando la realidad es que son vergonzosamente carnales por el exceso de su impiedad; en cuanto a Aquél que ha creado a sus ángeles espíritus^b y se reviste de luz como de un vestido y que tiene, por así decirlo, en su mano el globo de la tierra, «cuyos habitantes son para él como langostas»^d, a ese que es el Dios de toda substancia espiritual, le llaman psíquico. Indudable y verdaderamente muestran su locura, como heridos realmente por un rayo, más aún que los gigantes de las fábulas, aquellos que levantan sus pensamientos contra Dios, y que están hinchados totalmente de presunción y gloria vana, a los que el Elabro de toda la tierra no sería suficiente para hacerles vomitar toda su estupidez.

30,2. El que es superior debe mostrarse tal por medio de sus obras. Por tanto ¿de qué manera se muestran ellos superiores al Demiurgo? —Porque he aquí que, obligados (constreñidos) por la marcha misma del discurso, vamos a caer, también nosotros, en la impiedad de establecer una comparación entre Dios y estos insensatos y de descender al propio terreno de ellos, a fin de refutarlos por medio de sus enseñanzas mismas. ¡Que Dios nos perdone! Si hablamos así no es para comparar a Dios con ellos, sino para denunciar y refutar su locura—. ¿Por qué se muestran superiores al Demiurgo esos hombres, ante los que se pasma de admiración una gran multitud de necios, como si pudieran aprender de ellos algo superior a la verdad misma? La palabra de la Escritura; «Buscad y hallaréis»^a ha sido dicha, según ellos, para que averigüen que son realmente superiores al Creador. Se proclaman

30,1 (a) Ex. 20,11. Ps. 145,6. Hech. 4,24; 14,15; (b) Ps. 103,4; (c) Is. 40,22; (d) Is. 40,22. — 30,2 (a) Mat. 7,7.

superiores y mejores que Dios: ellos son espirituales, en tanto que el Creador es psíquico. Por eso ellos se consideran superiores a Dios; porque entrarán en el Pleroma, en tanto que Dios irá al lugar del Intermediario. ¡Y así deben de probar por medio de sus obras que son superiores al Creador! Porque no por medio de dichos, sino por medio de hechos es como se debe mostrar quién es superior.

30,3. Por tanto ¿qué obra podrán mostrar ellos que el Salvador o su Madre hayan realizado por medio de ellos y que sea más grande, o más espléndida, o más notable que lo realizado por el ordenador del universo? ¿Dónde están los cielos que han sido hecho por ellos^a, dónde la tierra consolidada, y las estrellas producidas por ellos? ¿Dónde están los luminares que han sido encendidos por ellos y los círculos que recorren en su carrera? ¿Dónde están las lluvias, los fríos, las nieves que han traído a la tierra en el momento adecuado para cada región o los calores y sequías que han hecho venir en compensación? ¿Dónde están los ríos que han hecho correr, las fuentes que han hecho manar, las flores y los árboles con que han adornado la tierra que está bajo el cielo? ¿Dónde está la multitud de seres vivientes —unos racionales, otros desprovistos de razón, todos revestidos de hermosura— que ellos han formado? ¿Quién podrá enumerar jamás todas las demás cosas que han sido establecidas por el poder de Dios y que son gobernadas por su Sabiduría? ¿Quién podrá sondear la grandeza de la Sabiduría^b del Dios que las ha hecho? Y ¿qué decir de la multitud de seres que hay en el cielo y que no perecen, como son, los Ángeles, los Arcángeles, los Tronos, Dominaciones y Potestades innumerables? ¿Se atreverán los herejes a levantarse contra estas obras? ¿Qué obra parecida podrán mostrar, que haya sido hecha por su mediación o cuyos autores hayan sido ellos mismos? ¿Más bien no son ellos también hechura y obra de Dios? Porque —hablando su mismo lenguaje para con-

vencerlos de mentirosos por su mismo sistema— si el Salvador o, lo que viene a ser lo mismo, si su Madre se sirve de ese Dios Creador para hacer una imagen de las realidades interiores del Pleroma y de todo lo que ella ha contemplado alrededor del Salvador, ella se sirve de él simplemente porque era él más perfecto y más adecuado para lo que ella quería: porque no por un instrumento inferior, sino por uno más perfecto ha debido ella formar las imágenes de tan grandes realidades.

30,4. Porque ellos eran, en efecto, como dicen, un «fruto espiritual» concebido de la contemplación de los cuerpos ordenados como guardianes alrededor de Pandora.

Ahora bien ellos siguen desocupados, porque ni su Madre ni el Salvador han obrado nada (sea lo que sea) por medio de ellos; ellos no eran más que un «fruto inútil» y no apto para nada, porque no aparece nada hecho por su mediación. En cambio el Dios que, según ellos, ha sido emitido y es inferior a ellos —porque le consideran de naturaleza psíquica— es todo un operario eficaz, y apto, tanto que por su mediación han sido realizadas las imágenes de los Eones: y no sólo las realidades de este mundo visible, sino también todos los seres invisibles, Ángeles, Arcángeles, Dominaciones, Potestades, Virtudes, han sido hechos por mediación de este Dios, como por mediación del mejor instrumento y más capaz de realizar la voluntad de la Madre. En cambio no se ve que haya realizado ella nada por medio de ellos, tal como lo confiesan ellos mismos, de manera que se les puede considerar como abortos derivados de un mal parto de su Madre. Porque las parteras no le han ayudado a dar a luz: y han sido expulsados por eso fuera como abortos, como seres absolutamente inútiles, siendo recibidos por su Madre sin capacidad para ningún trabajo. Y no se proclaman a sí mismos menos superiores que aquél por quien han sido hechas y dispuestas tan grandes cosas, cuando, según su propio sistema, se hallan ser inmensamente inferiores a él.

30,5. Supongamos dos herramientas o instrumentos, de los que uno esté siempre activo en las manos de un artista, de tal manera que realice éste por medio de él todos los trabajos que quiera y haga brillar así su arte y su sabiduría, en tanto que el otro instrumento se mantenga estéril e inactivo, por lo que aparezca el artífice sin hacer absolutamente nada por su medio y no sirviéndose de él para ningún trabajo: si alguien viene después diciendo que el instrumento superfluo e inactivo es mejor y de más valor que aquél del que el artista se sirve para el trabajo, por el que es alabado: se pensará con razón que tal hombre es obtuso y sin seso. Es esto precisamente lo que hacen estos hombres. Se proclaman a sí mismos espirituales y superiores, en tanto que llaman psíquico al Demiurgo, y por eso se encumbran sobre él y penetran en el Pleroma para volver allí a sus esposos —porque ellos son hembras, tal como lo confiesan—; en cambio dicen que este Dios es inferior a ellos y se mantiene por eso en el Intermediario. No pueden aportar ninguna prueba de todo ello: porque el que es superior se manifiesta así por sus obras. Y como todas las obras han sido realizadas por el Demiurgo y ellos no pueden mostrar nada notable hecho por ellos, están dementes con una locura total e insanable.

b) El Demiurgo, Creador de los seres espirituales (30,6-8)

30,6. Tal vez digan que todas las cosas materiales, es decir, el cielo y el universo entero situado debajo de él, han sido hechas por el Demiurgo, en tanto que los seres espirituales situados encima del cielo, es decir, los Principados, Potestades, Ángeles, Arcángeles, Dominaciones y Virtudes han sido hechos por el «fruto espiritual» que son ellos: les responderemos en primer lugar que hemos probado ya por las Escrituras divinas que todas las cosas susodichas visibles e invisibles, han sido hechas por el único Dios: porque estas personas no son más competentes que las Escrituras, ni abandonando nosotros los oráculos del Señor, de Moisés y demás profetas, que han predicado la verdad, esta-

mos obligados a creer a estas personas, que no contentas con no decirnos nada sano, profieren extravagancias. Después, suponiendo que hayan sido hechos por medio de ellos los seres situados en el cielo, que nos digan cuál es la naturaleza de estos seres invisibles, que nos revelen el número de Ángeles y la disposición de los Arcángeles, que nos hagan conocer los misterios de los Tronos, y que nos muestren la diferencia que existe entre Dominaciones, Principados, Potestades y Virtudes. No serían capaces de hacerlo: Porque esos seres no han sido hechos por medio de ellos. En cambio si —como es el caso— esos seres son la obra del Creador, y son espirituales y santos, no hay ninguna duda que no es de naturaleza psíquica aquél que los ha creado, y así queda reducida a la nada su enorme blasfemia.

30,7. Que existen en efecto en los cielos las creaturas espirituales lo atestiguan todas las Escrituras: Pablo mismo da testimonio de la existencia de estos seres espirituales, cuando asegura haber sido raptado hasta el tercer cielo, precisando (dando a entender) que ha sido trasportado al paraíso y que ha entendido allí palabras inefables que no está permitido repetir a un hombre^a. Y ¿qué le hubiera aprovechado la entrada en el paraíso o el acceso al tercer cielo si, entrando en los dominios del Demiurgo, hubiera tenido que contemplar y entender misterios superiores al Demiurgo, tal como se atreven a decir algunos? Porque si hubiera sido trasportado para conocer un mundo superior al Demiurgo, no hubiera habido razón alguna para quedarse en los dominios del Demiurgo, tanto más cuanto que no tenía él una visión de todo el conjunto de sus dominios: según su doctrina debería atravesar todavía el cuarto cielo para llegar hasta el Demiurgo y otear desde allí bajo sus pies a la Hebdomada; debería por tanto normalmente subir por lo menos hasta el Intermediario, es decir, hasta la Madre, para aprender de ella las realidades interiores del Pleroma. Porque, en fin, su «hombre interior»^b, que hablaba también en él siendo invisible, como ellos dicen, podía llegar bien no

30,7 (a) II Cor. 12,2-4; (b) Rom. 7,22. Ef. 3,16.

sólo hasta el tercer cielo, sino hasta la Madre. Porque si dicen que ellos, o más bien su «hombre interior» ha sobrepasado de un salto al Demiurgo y ha llegado a la Madre, con más razón tenía que haber ocurrido esto al «hombre interior» del Apóstol: porque no se lo hubiera impedido el Demiurgo, sometido él también en adelante al Salvador, según ellos.

Si hubiera intentado detenerlo, su esfuerzo hubiera sido vano: porque no es posible que sea él de mayor poder que la providencia del Padre, y ésta de menor poder que el «hombre interior», que, según ellos, es invisible incluso para el Demiurgo. Ahora bien, si Pablo ha referido su asunción al tercer cielo como algo grande y extraordinario, es evidente que estos hombres no han subido al séptimo cielo, porque no son superiores al Apóstol. Si se jactan de ser mejores que él, serán refutados por los hechos: pero jamás se han envanecido de cosa semejante. Por eso añade Pablo: «Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe»^b, para que se pensara que ni el cuerpo había dejado de participar de la visión —porque este mismo cuerpo había de participar un día de lo que Pablo había visto y oído entonces— y por el contrario para que nadie diga que Pablo no ha sido elevado más arriba a causa del peso del cuerpo, sino que está permitido, a los que como él son perfectos en el amor de Dios, contemplar hasta en aquel lugar, incluso sin el cuerpo, los misterios espirituales y ser testigo ocular de las obras de Dios, que ha hecho los cielos y la tierra, ha modelado al hombre y lo ha colocado en el paraíso.

30,8. Por tanto este Dios ha hecho también las realidades espirituales que el apóstol ha podido contemplar hasta en el tercer cielo^a; y es este mismo Dios el que ha hecho oír a los que son dignos, como él quiere, porque de él es el paraíso, las palabras inefables, que no está permitido repetir a ningún hombre, porque son espirituales. Y este Dios, y no un Demiurgo psíquico, es en realidad el Espíritu de Dios, sin el cual jamás hubieran podido

realizarse los seres espirituales. Si por el contrario este Dios es psíquico, que nos digan los herejes por medio de quién han sido hechos los seres espirituales. Porque por el parto de su Madre, que pretenden ser ellos mismos, no pueden probar absolutamente nada. Ellos no pueden producir, no digo ya cosas espirituales, pero ni siquiera una mosca, ni un mosquito, ni el más insignificante de los animalillos, de no ser por el procedimiento natural, por el que desde el principio han sido producidos los animales, y son producidos todavía por Dios, es decir, por medio de la deposición de la simiente en un animal de la misma especie.

Ni siquiera se ha producido nada que sea procedente solamente de su Madre: dicen que lo que ella ha emitido es el Demiurgo y el Señor de la creación entera. Y dicen que este Demiurgo, Señor de la creación entera, es de naturaleza psíquica, en tanto que son espirituales ellos que ni son realizadores ni dueños de ninguna obra, ya externa a ellos ya interna a sus propios cuerpos. Y estas personas, que se proclaman espirituales y superiores al Creador, tienen que soportar con frecuencia contra su voluntad sufrimientos corporales.

c) *Conclusión: el Dios Creador es el único verdadero Dios*
(30,9)

30,9. Por consiguiente en adelante serán convencidos realmente por nosotros de que están apartados considerablemente de la verdad. En efecto si el Creador no es más que un instrumento por medio del cual ha creado el Salvador los seres de este mundo, tanto espirituales como materiales, no es inferior a ellos, sino superior porque es su Autor: porque también ellos son del número de las cosas que han sido hechas. ¿Cómo pueden ser espirituales algunas, cuando aquel por quien han sido hechas es de naturaleza psíquica? O bien —y ésta es la otra alternativa que es la única verdadera, tal como hemos demostrado profusamente y

claramente— si el Creador, por sí mismo libremente y por iniciativa propia, ha hecho y ordenado todas las cosas y si su voluntad ella sola es la materia de que ha sacado todo, entonces Aquél que ha hecho todas las cosas es el único Dios, el único ser todopoderoso, y el único Padre. Él ha creado y hecho todas las cosas visibles e invisibles, sensibles e inteligibles, celestes y terrestres, por medio del Verbo de su poder^a, y ha ordenado todo por medio de su Sabiduría; y conteniéndolo todo es el único que no puede ser contenido por nada^b. Es el Ordenador en persona, el Creador, el Inventor, el Autor, el Señor de todas las cosas, y ni fuera de él, ni sobre él existe: ni la Madre a la que ellos la invocan falsamente ni «otro Dios» inventado por Marción, ni el Pleroma de treinta Eones, cuya inconsistencia hemos mostrado ya, ni el Abismo, ni el Primer Principio, ni los Cielos, ni la luz virginal, ni el inefable Eón, ni nada de lo que ha sido soñado por ellos, y por los demás herejes. No existe más que un solo Dios Creador, que está hecho sobre todo Principado, Potestad, Dominación y Virtud^c: Él es el Padre, el Dios, el Creador, el Autor, el Ordenador. Que ha hecho por sí mismo, o sea por medio de su Verbo y su Sabiduría; «todas las cosas»: el cielo, la tierra, el mar y todo lo que ellos contienen»^d. Él es el Dios justo, el Dios bueno; es el que ha modelado al hombre^e, ha plantado un jardín^f, ha ordenado el mundo, ha hecho venir el diluvio y ha salvado a Noé. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de los vivientes^g. Es aquél a quien anuncia la ley, le predicán los profetas, le revela Cristo, le presentan los Apóstoles y cree la Iglesia. Es en fin el Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo^h.

Por medio de su Verbo, que es su Hijo, es revelado y manifestado a todos aquellos a quienes es revelado: porque es conocido de aquéllos a quienes el Hijo lo ha reveladoⁱ. Y, como el Hijo está desde siempre con el Padre, no cesa desde el principio de

30,9 (a) Hebr. 1,3; (b) Hermans. Parter. Mand 1; Ef. 1,21 (d) Ex. 20,11. Ps. 145,6. Hech. 4,24; 14,15; (e) Gen. 2,7; (f) Gen. 2,8; (g) Mat. 22,32. (h) II Cor. 1,3; 11,31; Ef. 1,3; 3,14. Col. 1,3. I Pedr. 1,3; (i) Mat. 11,27.

revelar al Padre bien a los Ángeles, bien a las Potestades, bien a las Virtudes y a todos aquellos a quienes Dios quiere revelarse.

QUINTA PARTE

REFUTACIÓN DE ALGUNAS TESIS NO VALENTINIANAS (31-35)

1. Preámbulo (31,1)

31,1. Y de esta manera habiendo sido refutados los discípulos de Valentín, quedan refutados todos los herejes. En efecto, en contra de los que contraponen el Pleroma y lo que se halla fuera del Pleroma, nosotros hemos hecho ver que el Padre de todas las cosas quedará encerrado, y circunscrito por lo que se halla fuera de él; si se admite que hay alguna cosa fuera de él; y que tendrán allí necesariamente por todas partes un gran número de Padres, de Pleromas y de mundos creados, de los que comienzan unos donde los otros acaban; y que cada uno de estos supuestos Padres, quedándose confinado en su territorio, no se cuidará de los otros, porque no tiene nada en común con ellos; y en fin que ningún otro será el Dios de todas las cosas, sino que tendrá únicamente el sobrenombre de «Todo-poderoso». Ahora bien todo ello vale igualmente contra los discípulos de Marción, de Simón, de Menandro, y generalmente contra todos aquellos que introducen de manera similar una división entre nuestro mundo y el Padre. Dicen otros que el Padre de todas las cosas contiene todo, pero que en cambio nuestro mundo no es obra suya: sino que ha sido hecho por medio de otro Poder o por medio de los ángeles que desconocen al Pro-Padre y que ha quedado circunscrito en la inmensidad del universo, como el punto central en el círculo o una pequeña mancha en la capa. Nosotros hemos demostrado la falsedad de la tesis que dice que nuestro mundo ha sido hecho por otro que no es el Padre de todas las cosas. Y esta demostración

vale también contra los discípulos de Saturnino, de Basílides y de Carpócrates, así como contra los «gnósticos» que utilizan el mismo lenguaje. Igualmente lo que hemos dicho sobre las emisiones, sobre los Eones, y sobre la deficiencia y aquello, que es a propósito para mostrar cuán inconsistente es la doctrina que se refiere a su Madre, afecta también a Basílides y a todos aquellos mal llamados «gnósticos», porque éstos, con otras palabras, dicen las mismas cosas mas que aquéllos que acomodan lo que está fuera de la verdad al carácter propio de su doctrina.

Y todo lo que hemos dicho de los números se podrá decir también contra todos aquellos que tuercen el sentido de la verdad. En fin todo lo que se ha dicho acerca del Demiurgo, para probar que es éste el único Dios y Padre de todos los seres, y todo lo que se vaya a decir en los libros siguientes, lo digo contra todos los herejes. A aquellos de entre ellos que sean más moderados, y más humanos tú los apartarás y confundirás, para que cesen de blasfemar contra su Creador, su Autor, su Alimentador y Señor y para que cesen de imaginar que éste ha salido de la «deficiencia» y la ignorancia; en cambio rechazarás lejos de tí a los intratables y a los carentes de razón, para que no tengas que soportar su vana locuacidad.

2. Tesis de Simón y de Carpócrates (31,2-34,4)

a) *Prácticas mágicas (31,2-3).*

31,2. Por lo que sigue se conocerán los seguidores de Simón y de Carpócrates, así como todos aquellos que pasan por realizar prodigios, este es el mal: lo que ellos hacen no lo hacen en virtud del poder de Dios ni por la verdad, no como bienhechores de los hombres, sino para perjudicar y extraviar recurriendo a sortilegios mágicos y a toda clase de engaños, haciendo más perjuicio que bien a los que se fían de ellos, puesto que les engañan. Porque ellos ni son capaces de dar vista a los ciegos, ni oído a los

sordos ni expulsar los demonios, —salvo aquellos que son arrojados por ellos, si es que son capaces de ello— ni curar a los lisiados, a los cojos y paralíticos o a aquellos que están atormentados en cualquier otra parte del cuerpo, tal como sucede muchas veces según la clase de enfermedad, ni devolver la total integridad de sus miembros a los que un accidente ha dejado lisiados. Tan lejos está de ellos el resucitar un muerto, como lo hizo el Señor y también los Apóstoles por medio de su oración y como ha ocurrido más de una vez entre los hermanos, en algunos casos de necesidad —la Iglesia local, toda entera, pidiendo con ayunos y muchas súplicas «el espíritu» de aquél que estaba muerto, lo «ha resucitado»^a y la vida del hombre ha sido devuelta gracias a las oraciones de los santos— digo que los herejes están tan lejos de realizar resurrecciones semejantes que ni ellos mismos creen en la posibilidad de ello: según ellos, la resurrección de los muertos no es otra cosa que el «conocimiento» de lo que ellos llaman la verdad.

31,3. Por tanto cuando entre ellos se manifiestan a la vista de los hombres: el error, el engaño y las vanas ilusiones de la magia; en la Iglesia actúan para bien de los hombres: la misericordia, la piedad^a, la fortaleza y la verdad: y todo ello se realiza no sólo sin recompensa y gratuitamente, sino que nosotros mismos damos nuestros bienes para la salvación de los hombres y a veces los enfermos, porque carecen de ello, reciben de nosotros lo que necesitan. En realidad el comportamiento mismo de los herejes prueba que son completamente extraños a la naturaleza divina, a la bondad de Dios y al poder espiritual; están en cambio repletos de toda clase de falsedad, de espíritu de apostasía, de actividad demoníaca y de engaño idolátrico. Son así realmente los precursores del Dragón, que, por medio de engaños de este género, arrastrará con su cola la tercera parte de las estrellas y las arrojará sobre la tierra^b; hay que esquivarlos tanto como a él y, cuantos

más prodigios obren, tanto mayor será el cuidado que hay que tener de ellos, como poseedores de mayor espíritu de iniquidad^c. Por esta razón si se observa su actuación diaria se constatará que su comportamiento es idéntico al de los demonios.

b) Supuesta necesidad de entregarse a toda clase de actividades (32,1-2)

32,1. En cuanto a su doctrina malvada, que se refiere a las acciones humanas, doctrina según la cual están ellos obligados a realizar todas las acciones posibles, incluso malas, quedará reducida a la nada por la enseñanza del Señor. En efecto, según él, será arrojado fuera no sólo aquél que comete adulterio, sino también aquel que desea cometerlo^a; será condenado como reo de muerte no sólo el que mata, sino también el que se aira sin motivo contra su hermano^b.

El Señor nos ha prescrito no sólo no odiar a los hombres, sino amar incluso a nuestros enemigos^c; y no sólo no perjurarse, sino ni siquiera jurar^d; no sólo no hablar mal del prójimo, sino no llamar a nadie «cretino» y loco, bajo pena de merecer el fuego de la gehenna^e; no sólo no devolver mal por mal, sino al contrario si nos hieren presentar también la otra mejilla^f; y no sólo no apropiarse de lo ajeno, sino ni siquiera reclamar lo nuestro, si alguien nos lo quita^g; no sólo no ofender al prójimo ni hacerle ningún mal, sino ser pacientes y bondadosos con aquellos que nos maltratan y rogar por ellos, a fin de que se arrepientan y puedan salvarse^h; en una palabra, no imitar en nada la arrogancia, la incontinenencia y el orgullo de los demás hombres. Por tanto si aquél de quien se vanagloriaban por ser su Maestro y quien, por propia confesión de ellos, ha tenido un alma mucho más excelente y más fuerte que los demás hombres, ha tenido gran cuidado de prescribirnos ciertas cosas, como buenas y excelentes, y prohibirnos

31,3 (c) Ef. 6,12. — 32,1 (a) Mat. 5,27-28; (b) Mat. 5,21-22; (c) Mat. 5,43-44; (d) Mat. 5,33-34; (e) Mat. 5,22; (f) Mat. 5,39; (g) Mat. 5,40; (h) Mat. 5,44.

otras, no sólo como acciones, sino como pensamientos malos, perjudiciales y perversos, que conducen a unos actos similares, ¿cómo pueden ellos, sin ruborizarse, decir que ese Maestro es más fuerte, y más excelente que todos los demás hombres y formular después claramente preceptos contrarios a su enseñanza? Si no hubiera nada que fuera bueno o malo, sino que lo justo e injusto se fundara únicamente en la opinión de los hombres, no hubiera manifestado nunca en su enseñanza: «Los justos resplanecerán como el Sol en el reino de su Padre»ⁱ; en cambio los injustos y los que no han realizado las obras^j de justicia serán enviados al fuego eterno, «allí donde no morirá nunca el gusano roedor de su conciencia y no se apagará el fuego»^k.

32,2. Por lo demás, mientras ellos dicen estar obligados a realizar toda clase de acciones y a tener todos los comportamientos concebibles a fin de realizar todo, a ser posible, en una sola vida y alcanzar así el estado perfecto, no se ha visto que hayan intentado jamás entregarse a lo que es propio de la virtud, o sea a los trabajos penosos, a las gloriosas hazañas, y a las actividades artísticas, en una palabra, a todo aquello que es reconocido como bueno por todo el mundo. Porque, si están obligados a entregarse a toda clase de actividades, les es preciso comenzar por aprender todas las artes sin excepción, tanto si se trata de las artes teóricas, como de las prácticas, o de las que se aprenden por medio de un maestro y se adquieren con esfuerzo y ejercicio continuos: así por ejemplo, la música, la aritmética, la geometría, la astronomía y todas las demás disciplinas teóricas; la medicina toda entera, la ciencia de las hierbas curativas y todas las disciplinas que tienen por objeto la salvaguarda de la vida humana; la pintura, la escultura, el arte de trabajar el bronce, el mármol y demás materiales; la agricultura, la cría de caballos, de rebaños, y todas las técnicas artesanales, que abarcan todas las técnicas posibles, el arte de la navegación, el arte de cultivar el cuerpo, el arte vena-

toria, de la guerra y de gobierno, sin contar todas las demás artes, cuya práctica, aunque fuera realizada por ellos durante toda la vida, no alcanzaría la diez milésima parte. Ahora bien, los que están obligados a abarcar toda forma de actividad posible, no consiguen ni una sola de todas las disciplinas que tratan de adquirir; en cambio se sumergen en los placeres, la lujuria y toda clase de vilezas. Se condenan de esta manera a sí mismos^a según la lógica misma de su doctrina: porque, como les falta todo lo que acabamos de mencionar, irán a parar al castigo del fuego. Así, profesando enteramente la filosofía de Epicuro y la indiferencia de los Cínicos, se jactan de tener por Maestro a Jesús que aparta a sus discípulos no sólo de las acciones malvadas, sino también de palabras y pensamientos reprensibles, como acabamos de manifestar.

c) Supuesta superioridad sobre Jesús (32,3-5)

32,3. Dicen también que sus almas provienen de la misma esfera que la de Jesús, y pretenden ser semejantes e incluso superiores a Él. Mas al situarse enfrente de las obras, que ha hecho Jesús para el provecho y fortalecimiento de los hombres, ocurre que no pueden realizar nada semejante, ni que se le pueda comparar de ninguna manera. Si hacen algo, lo hacen, como lo hemos dicho, por medio de la magia, con la intención de seducir a los tontos. Lejos de proporcionar ningún fruto ni provecho a aquellos en cuyo favor dicen obrar los prodigios, se conforman con atraerse a niños impúberes, a los que engañan, haciendo surgir ante ellos fantasmas, que desaparecen inmediatamente y no duran más que un instante: se parecen, no a nuestro Señor Jesús, sino a Simón el Mago. Por lo demás el Señor resucitó de entre los muertos al tercer día, se manifestó a sus discípulos y ascendió a los cielos a la vista de ellos, en tanto que estos herejes mueren, no